

Tribulaciones de un mexicano en Washington

Gutiérrez de Lara es uno más de los muchos personajes novelescos que cabalgan nuestro siglo XIX. Herrero y comerciante para unos, es tenido por vecino acomodado del pueblo de Revilla en la provincia de Nuevo Santander. Gutiérrez de Lara fue, en todo caso, el primer enviado extraordinario de la revolución —en la que militó con el grado de teniente coronel, otorgado por Hidalgo y Allende en la hacienda de Santa María en las cercanías de Saltillo— que logró llegar con vida a territorio norteamericano, aunque fuera cuando ya los principales jefes de la insurgencia habían sido aprehendidos, es decir, al comenzar el reflujó de la ola revolucionaria.

Por don Luis de Onís, embajador de España en los Estados Unidos, conocemos de cerca las tribulaciones de nuestro primer diplomático en la república del Norte. Gutiérrez de Lara entró en contacto con las autoridades norteamericanas, concretamente con el secretario de Estado Mr. James Monroe. Habiendo concebido el plan de asimilar para la poderosa república el territorio de la Nueva España, éste vio la magnífica oportunidad que se le presentaba con la revolución de independencia y se dispuso a aprovecharla. Ofreció pues Mr. Monroe ayuda a los insurgentes siempre y cuando adoptasen para su país una Constitución semejante a la norteamericana. Así se facilitaría más adelante la anexión de México a la gran federación de los Estados Unidos y con las demás provincias americanas se integraría la potencia más formidable del mundo. Todos los historiadores coinciden en la indignada sorpresa de Gutiérrez de Lara al escuchar tamaña proposición. Trueba señala que don Bernardo escribió entonces en su diario todavía con el susto encima: "Ayúdame María Santísima, y líbrame de estas gentes".¹ Pintorescas primicias de la diplomacia independiente de México con los Estados Unidos.

El primero de abril de 1812, el sagaz y muy profesional don Luis de Onís completó la información al virrey Venegas de los planes norteamericanos en relación con la Nueva España: cada día que pasa, dice de Onís, se precisa la ambición (y la hostilidad) de esta república contra España. "Este gobierno se ha propuesto nada menos que el de fijar sus límites en la embocadura del río Norte o Bravo, siguiendo su curso hasta el grado 31 y desde allí tirando una línea recta hasta el mar Pacífico, tomándose por consiguiente las provincias de Nuevo Santander, Coahuila, Nuevo México y parte de la provincia de Nueva Vizcaya y la Sonora".

Y como pudiera pensarse que se trata de una exagera-

ción de su parte, de Onís añade: "Parecerá un delirio este proyecto a toda persona sensata, pero no es menos seguro que el proyecto existe, y que se ha levantado un plan expresamente de estas provincias por orden del gobierno, incluyendo también en dichos límites a la isla de Cuba, como una pertenencia natural de esta República". Se extiende después el diplomático español en toda suerte de detalles a propósito de los medios que van a desplegarse para realizar el plan expansionista y que, en síntesis, consiste en algo muy simple: fomentar la *independencia* de las colonias americanas. "No hay paraje quizá en nuestras Américas, en donde no haya emisarios napoleónicos y de este gobierno: estos se unen en todas partes para fomentar la guerra civil y la independencia, pero con distintas miras; pues Napoleón quiere que le sirvan estos americanos para su proyecto, y ellos fingiendo que trabajan para él obran para sí".²

Por lo tanto, no se trata sólo del apoyo que de modo natural le presta una república a otras en trance de serlo. A la vez, y en virtud de las notables diferencias históricas entre la república del Norte y las del Centro y el Sur, la ayuda del "hermano mayor" irá volviéndose, paulatinamente, influencia, tutela y, finalmente, liderazgo indiscutible que más tarde devendrá *autoridad*, ejercida sobre los inexpertos discípulos de habla española. Desde sus orígenes la república era algo más que república: un vigoroso Estado democrático que, ciertamente, por su organización política y sus recursos humanos y naturales, estaba llamado a ser gran potencia. Y desde sus arranques ellos lo supieron y actuaron en consecuencia. El problema fue que los mexicanos de entonces no lo vieran con la misma claridad o que, viéndolo, sólo lo percibirían contados individuos incapaces para crear la conciencia continental adecuada y obrar, igualmente, en consecuencia.

Hay que señalar aquí un hecho paradójico. En las filas de Arredondo, Santa Anna persigue a los insurgentes que quieren constituir una patria nueva. Entre ellos se cuenta don Bernardo Gutiérrez de Lara. Representante de la causa de la independencia se verá enredado por las vueltas del destino, en las perspectivas expansionistas norteamericanas. Tratando de servir a una causa justa pronto se encontrará en el trance de pedir el auxilio divino: el tironeo entre las finalidades independentistas de México y las metas de los Estados Unidos lo orillará a enfrentarse a alternativas insospechadas. En cambio el servidor del ejército realista, que lucha en las filas virreinales por la causa española, está peleando sin saberlo por la integridad territorial de un país, México, que aún no existe. Paradojas de la historia que, como la liebre del re-

frán, saltan donde menos se espera.

Mas tarde, y ya con menos ingenuidad, Gutiérrez de Lara reunió por cuenta propia un mediano contingente de no más de tres mil hombres e invadió la provincia de Texas ocupando, a finales de 1812 —aquel año tan rico de acontecimientos históricos y naturales—, la bahía del Espíritu Santo, la villa de Nacogdoches y el presidio de Trinidad. Zamacois consigna que, en virtud de la lejanía de Texas del centro de la Nueva España, aquellos acontecimientos ocurridos durante la administración del virrey Venegas se conocieron hasta principios de marzo, después de haber tomado posesión el virrey Calleja. La lejanía magnificó los hechos y los deformó. He aquí como se dio la noticia el 18 de marzo de 1813 en el *Correo del Sur* de Oaxaca a donde, ciertamente, no había llegado todavía la reciente experiencia de don Bernardo: "Las provincias unidas (los Estados Unidos), para eterno monumento de nuestra confederación, han enviado en nuestro auxilio veinte mil hombres armados y aguerridos: ese formidable ejército ha pasado ya el Nacastoche y a pesar de la fatiga y estropeo consiguiente a tan larga caminata, se dirige con varias de nuestras divisiones al gran zanjón que circuye la capital del reino, abierto con la sangre de los americanos, para dar así la última mano en nuestra gloriosa empresa".³ Mejor monumento a la ingenuidad o a la buena fe republicana no hubiera podido erigirse.

Gutiérrez de Lara combatió con éxito a las fuerzas realistas y, mientras él conservó el mando, las cosas marcha-

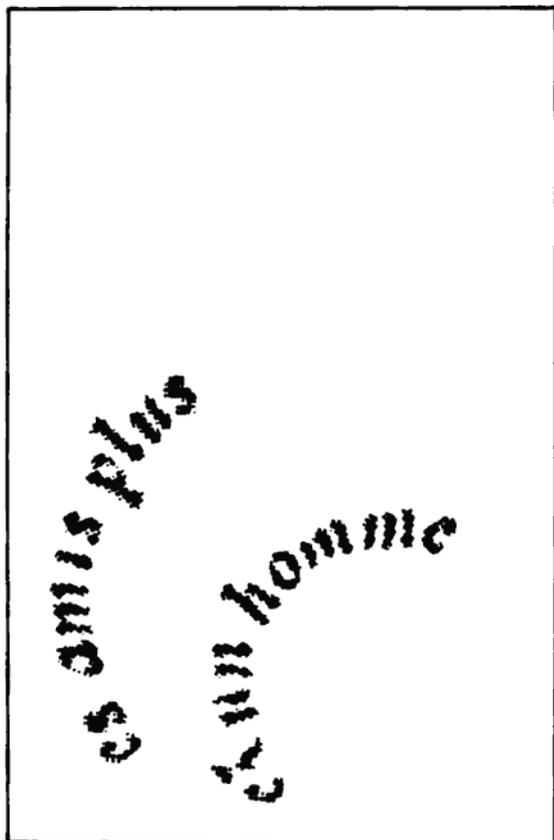
ron bien para los grupos rebeldes. Pero no ocurrió lo mismo en cuanto la jefatura de la insurrección texana pasó a manos del dominicano Don José Alvarez de Toledo, quien había sido diputado a las Cortes de Cádiz y pasó a residir luego en los Estados Unidos como partidario de la Revolución Americana. Alvarez de Toledo hizo "lisonjeras promesas" a los que lo siguieran en la empresa liberadora y, según Zamacois, "los aventureros a quienes sólo guiaba el deseo de hacer fortuna, seducidos por las ofertas de Alvarez de Toledo se declararon por éste, y la Junta de Béjar dio orden a Gutiérrez de Lara de que entregase (el mando) al jefe elegido".⁴

Bernardo Gutiérrez de Lara regresó entonces a los Estados Unidos "lleno de despecho" porque sus ambiciones libertarias habían sido frustradas por el dominicano pero, gracias a su mala fortuna, salvó probablemente la vida y, aunque después del fracaso llevó una existencia oscura durante algunos años, "conseguida la independencia de su patria regresó a ella, y convencido el congreso de Tamaulipas de su relevante mérito, lo nombró gobernador de aquel estado. Servía este empleo cuando desembarcó Iturbide, y por sus activas providencias para hacer efectivo el decreto de proscripción dado contra este jefe, la patria se vio libre de la nueva cadena en que venía a oprimirla aquél jefe".⁵ Este fue el hombre que salvó dos veces la vida frente a Joaquín de Arredondo e inició la aventura independentista de Texas: el sitio donde el oficial Santa Anna habría recibido su primera condecoración y donde el presidente López de Santa Anna se cubrirá de oprobio y cometerá las más abyectas acciones con tal de salvar la vida.

Entre la miel y la hiel

El 5 de enero de 1812 Santa Anna es ascendido al grado de subteniente en reconocimiento a sus acciones guerreras, después del encuentro con los indígenas comandados por Rafael y Zárate en agosto de 1811, durante el cual había resultado herido en un brazo. El historiador veracruzano Manuel Rivas Cambas hace notar que, después del ascenso como subteniente de la Sexta compañía de fusileros, en 1812, pasó a la de granaderos y fue teniente. Capitán graduado en 1820; capitán efectivo, promovido a teniente coronel graduado en 1821 por el conde del Venadito, y a efectivo por el generalísimo don Agustín de Iturbide, obtuvo el grado de general de división otorgado por el Presidente Vicente Guerrero después de la batalla de Tampico.⁶

Sin adelantar visperas, lo cierto es que Santa Anna fue en esta etapa un militar valiente, mencionado en varias partes y condecorado con el "escudo de honor y el certificado de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica" por su acción en Río Medina, de la provincia de Texas, el 18 de agosto de 1813. Esta batalla en la que combatió bajo las órdenes de Arredondo fue muy importante para las armas virreinales ya que con ella terminaron las esperanzas de las fuerzas del ex diputado a Cortes don José Alvarez de Toledo, comandante en jefe de las fuerzas republicanas de Tejas. La victoria tuvo como corolario la pacificación de toda la zona. En su comunicación, Arredondo elogia altamente la bizarra conducta de los tenientes Santa Anna, Lemus, Castrejón y Morelos, todos ellos miembros del regimiento fijo de Veracruz.⁷



Pero no todo era miel sobre hojuelas: si el joven militar era arrojado y audaz en la batalla tenía otros rasgos negativos que lo van configurando como personaje contradictorio. Jones escribe que Santa Anna fue demandado por un comerciante de San Antonio de Bejar, en 1813, lo que dio origen a una investigación ordenada por el propio virrey.⁹

Callcott va más lejos y hace referencia a un suceso por demás desagradable: por deudas de juego el oficial Santa Anna falsificó las firmas del coronel Quintero y del mismísimo general Arredondo para obtener la cantidad que necesitaba. Conoció el hecho, Santa Anna alegó que había sustraído el dinero para ayudar a un compañero oficial en desgracia y mantener así "el honor del regimiento".⁹ Tuvo, pues, que restituir la suma tomada. Don Jaime Garza, cirujano del hospital militar de Coahuila, refiere que: "Antonio López de Santa Anna... hallándose en la ciudad de Bejar, en el año de 813, en la división al mando del sr. comandante general don Joaquín Arredondo, contrajo conmigo una deuda de trescientos pesos, procedentes de un feo delito cual fue la suposición de un vale de igual cantidad hecha a nombre del sr. coronel don Cayetano Quintero, ingeniero íntegro y de conocido caudal que, igualmente se hallaba en el ejército, cuya firma suplantó falsificándola, como se descubrió y probó justificativamente, lo mismo que la falsificación de otros documentos con que sacó igual cantidad de la caja de su cuerpo suplantando la firma del sr. general en el debe correspondiente, con que logró el pago de ella, y aunque de estas resultas se le embargaron y confiscaron los bienes muebles que poseía en aquella época, ignoro si alcanzaron a cubrir las cantidades en que por dicha causa resultó descubierto".¹⁰ Así culminó aquel lamentable asunto que para cualquier militar pundonoroso se habría vuelto un punto oscuro y lamentable en la carrera. En el caso de Santa Anna sería tal vez más realista hablar de un benigno y efímero dolor de cabeza. Pero punto de honor, dolor de cabeza, o "mala suerte", como él mismo lo calificaría acaso, se marcan ya las constantes que van a caracterizar su personalidad: junto a la condecoración por el valor demostrado en Medina, la afrenta a que lo arrastraba el juego. Contradicciones que hubieran podido inmovilizarle la existencia a cualquier otro que no hubiera sido Santa Anna. Desde los comienzos de la carrera militar —insisto— la paradoja parece haber regido su vida. De cualquier modo, el incidente quedó sepultado. El mismo fue el primero en olvidarlo. Pero la constante del juego persiste. Jugará toda la vida, jugándose despreocupadamente la vida: a los naipes, a los gallos, con la masonería, con la política, con las mujeres, con la república, con la monarquía, con el ejército, con los partidos, con el país. Jugará con todo y con todos logrando, lo que es más asombroso, que todos jueguen a su carta.

¿Quién va más?

“Le es indiferente o no tener mando”: frase que, dicha por quien fue once veces presidente de la república, parece burla o *boutade* pero que, evidentemente, debe querer decir algo más.

Obtenía el poder para abandonarlo casi de inmediato. ¿Importaba más el reto, la apuesta, el hecho de

jugársela, que la ganancia misma? Ganaba el poder para abandonarlo y tener la oportunidad de volver a ganarlo. ¿Acaso porque asumir el poder arrastraba inconscientes resortes de culpabilidad asociados al desplazamiento de la figura paterna cuyo lugar, magnificado, ocupaba por fin: hijo rebelde convertido en padre de todos los mexicanos?

Llegará al poder con Gómez Farías pero no tomará posesión del cargo. Tampoco tomará posición: dejará que se comprometa Gómez Farías y que intente su programa liberal mientras él observa, desde lejos, el descontento provocado entre los conservadores. Entonces se volverá el oidor supremo de los quejosos, la instancia decisoria y regresará para desautorizar, corregir y partir nuevamente. Y así hasta el absurdo. Obtenida la presidencia se retira al jardín de Manga de Clavo. Jamás se compromete. Jamás se ata a un proyecto a largo plazo o a una ideología. Liberalismo o conservadurismo, federalismo o centralismo, república o monarquía es lo de menos. Su juego se juega manteniéndose por encima de la pugna y, en consecuencia, reservándose la última palabra.

Como el jugador se reserva, en el juego de azar, el privilegio de disponer a su arbitrio de su propio destino, jugar sería entonces, como lo ha advertido Roger Caillois¹¹ un ejercicio de libertad absoluta: "Si el que juega se juega de golpe todos sus bienes nadie lo ha obligado a hacerlo y si pierde sólo podrá culparse a su pasión". El jugador realizaría en el juego una íntima fantasía de omnipotencia sustrayéndose a cualquier designio superior (¿de Dios? ¿del padre?) que pudiera pesar sobre su vida. La "inflexibilidad de la ley" a la que Santa Anna se enfrenta en todos sus actos sería, en términos freudianos, la imagen rechazada del que ejerce, dentro de la familia, la función prohibitoria, es decir, la función de la ley: el padre. Su vida entera se manifiesta, entonces, como transgresión. Santa Anna será el eterno jugador, que es como decir el eterno transgresor.

Empieza jugándose el dinero que no tiene y falsificando firmas para cubrir deudas de juego. Si el dinero encubre, además del simbolismo excrementicio que le atribuye Freud, un elemento sagrado como quiere Caillois¹² asociado, en el que lo arriesga constantemente —el jugador— a ese trato con lo sagrado que no se manifiesta como respeto sino como sacrilegio, como transgresión, entonces el rasgo central de la personalidad de Santa Anna se vuelve bastante diáfano. Se jugará todo como se juega, al principio, el dinero: dilapidará al país con el mismo desenfado que gasta el dinero (el que tiene y el que no tiene) y con la misma alegre desenvoltura con que se gasta él mismo en el juego amoroso. Su vida entera será una fiesta donde no cuentan las responsabilidades ni los límites que son ley en la existencia ordenada de la sociedad. Una fiesta donde nada está prohibido, donde están permitidos todos los excesos. Donde todo puede transgredirse y todo puede dilapidarse.

A imagen y semejanza

Joaquín de Arredondo no era, desde el punto de vista militar ningún improvisado. Se trataba de un profesional: pacífico de inmediato la región tras la batalla de Medina aunque permanecerá en San Antonio de Béjar alrededor de nueve meses, hasta

abril de 1814, cuando regresaría con su división a Laredo pasando de allí a Monterrey, donde estableció su cuartel general. Y ahora más que nunca volvió a las andadas: "a promover competencias con las autoridades, con el cabildo eclesiástico de quien exigió los mismos honores que al virrey, cuando iba a Catedral; a no hacer caso de ninguna orden del virrey, a disolver, como lo hizo antes de su llegada, la diputación provincial de Monterrey; a oír y fomentar las delaciones, los chismes... en fin, a proceder de modo en aquellas desgraciadas provincias, cual no habrá hecho jamás sultán alguno por despótico, caprichoso y atolondrado que fuera".¹³

Todavía tuvo que ver Arredondo con la expedición de Francisco Javier Mina, el gran guerrillero liberal español, en cuyas filas militaba Fray Servando Teresa de Mier. Fray Servando tuvo la desgracia de caer en sus manos, salvándose milagrosamente, para fortuna de la independencia mexicana. Bustamante concluye: "Entiéndase que los apuntados hasta aquí sólo son algunos (de sus excesos) pues para indicarlos todos, aun los de bulto, sería menester un volumen... Cuanto malo se escriba de Arredondo, debe creerse, porque era malísimo".¹⁴

Es con este arbitrario personaje, según todos los indicios, que se realiza la primera identificación del joven Santa Anna. Es él quien lo recomendará en 1815 a don José Dávila, gobernador militar de Veracruz donde, ya teniente, Santa Anna prestará sus servicios hasta 1821, incluyendo los lapsos en que ocuparon la gubernatura militar don Ciriaco de Llano y don Pascual de Liñan. En 1821 se pasará al bando de la Independencia.

"Grandes" y "pequeñas" maniobras

Pero estamos en noviembre de 1815, cuando Santa Anna regresa al puerto de Veracruz después de cinco años de campaña por el Norte y un año después de la muerte de su madre. Sus cartas credenciales y su comportamiento militar le propician la buena acogida del gobernador de la provincia. Comienza entonces una nueva etapa de su carrera. Al aprendizaje militar pronto añadirá otros conocimientos no menos útiles: el trato con las gentes y la relación con los hombres del poder, vale decir, su relación con el poder. Pronto se convierte Santa Anna en el ayudante más cercano del gobernador.

Rafael F. Muñoz, el mejor de sus biógrafos mexicanos, señala que el teniente reparte su tiempo haciendo la corte a las muchachas y leyendo los libros de la biblioteca del señor Dávila. Lo primero es de fácil suposición en un joven militar que ha pasado cinco años en remotas regiones y que regresa a su tierra cargado de experiencias y condecoraciones que lo harían más atractivo a los ojos de las ardientes porteñas. Lo segundo, fundado tal vez en Calcott, parece más improbable: "Clásicos de Grecia y del Lacio, la mitología y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*. Cuando termina de leer un volumen de éstos, está ebrio de cesarismo. Comienza a desarrollarse en él la megalomanía. Todo lo quiere hacer como los héroes de Homero, como los varones fuertes de Roma... En Europa se percibe todavía el temblor que deja a su paso el pequeño Bonaparte. Y Antonio López de Santa Anna se le asemeja en figura... Lo toma como modelo. Lee ávidamente cada palabra escrita sobre sus hazañas,

sus proclamas, sus leyes, sus amores. Contempla los dibujos en que aparece su efígie y como uno de ellos lo presenta pasando los Alpes en un corcel del tono de la nieve, mientras el viento le unta los cabellos de atrás hacia delante sobre las sienes, el se compra su bridón blanco y con dos redondos cepillos se arregla la cabellera como si siempre le soplara por la espalda el ventarrón de los Alpes."¹⁵

La suposición de la lectura de obras clásicas y mitológicas podría tener algún sustento en el estilo de las primeras proclamas independentistas y republicanas, por el bizarro gusto y empleo de metáforas en que se menciona a Cartago y Roma, a Escipión el Africano, etc., si no supiéramos, como de fijo sabemos, que no fue Santa Anna quien redactó aquellos exordios, sino don Carlos María Bustamante y, más tarde, el no menos recargado y barroco don Miguel Santa María. Además, leer la *Guerra de las Galias* de César, aun con formación en letras clásicas, implica un serio esfuerzo, un gusto cultivado. Me cuesta trabajo imaginar a Santa Anna metido en su uniforme de paño de teniente del Fijo, en plena canícula veracruzana, leyendo en tono declamatorio, mientras camina a grandes zancadas: "La Galia, en su conjunto, se divide en tres partes: una, habitada por los belgas; la segunda, por los aquitanos; la tercera por el pueblo llamado celta en su propia lengua, galos en la nuestra..."

No. Definitivamente el cesarismo de Santa Anna tiene orígenes menos ilustres, menos humanísticos, más prosaicos, en la inestable sociedad de su época. Aquella sociedad que venía de la Colonia y que tenía aún gran vitalidad, a pesar de los signos liberales de los tiempos nuevos que habían preñado a América ya en la segunda década del XIX.

Una cosa es clara: esta etapa de la vida del "Napoleón del Oeste" ha sido descuidada por muchos de los historiadores que le han seguido las huellas al temperamental personaje. Sin aspectos brillantes en el campo militar —aunque no falten las escaramuzas— aparece un Santa Anna organizador que comienza a penetrar en la geografía de su Estado y en la sicología de su gente. Estos años de aprendizaje psicológico y político le serán, más tarde, de gran utilidad.

De la política de las armas a las armas de la política

Después de un año de actividades en la cercanía del gobernador Dávila, el teniente Santa Anna obtiene el nombramiento de "Comandante del cuerpo de realistas fieles de extramuros de Veracruz y pueblo de la Boca del Río". Nombramiento largo con orden breve: operar contra los revolucionarios de la zona. El 8 de septiembre de 1816, el señor comandante de extramuros informa al excelentísimo señor gobernador quien, a su vez, trasmite la información a S.S. el Virrey, sobre sus triunfos en los alrededores del área que le ha sido confiada. El informe está redactado en ese estilo ampuloso que emplean los militares cuando relatan minúsculos y rutinarios hechos como si no lo fuesen: "Ya he participado a V. S. las diferentes salidas que tengo hechas en el tiempo que llevo de comandante militar de este punto, y ahora tengo el honor de participar a V. S. (y aquí el imprescindible gerundio) que hallándome...". Santa Anna informa, según puede leerse en la *Gaceta del Gobierno de México* de aquel septiem-

bre de 1816, que después de mover a treinta lanceros en buenos caballos y bien armados se dirige a dos caminos en donde tiende una emboscada a las avanzadas rebeldes —que se apostaban en ese lugar para cobrar una contribución de cuatro reales, para la rebelión, a todos los que acertaban a pasar por ahí.

Al día siguiente, mata a dos insurgentes de los que obtiene dos caballos ensillados, una carabina y ocho cartuchos. Cambia entonces de posición ya que los disparos lo habían descubierto, y continúa la espera. Captura al temido y sanguinario cabecilla José Parada que se titula capitán comandante de El Texar. Más tarde, cae en la trampa un sargento rebelde del cantón de Huihuistla y, después, otro hombre más. Le informan entonces que una avanzada de insurgentes como de treinta hombres "estaba ya en su puesto" y se dispone a darles su merecido: "Formé mi tropa en columna a 6 de frente, y de este modo me dirigí hasta el punto dicho". Y aquí los "datos tácticos": advierte al sargento primero de caballería Ramón Herrera que, a su orden, las dos primeras filas de lanceros habrían de tomar el parapeto "por la parte de afuera" desde donde quedarían haciendo fuego y "sosteniéndome hasta que con los demás entrara yo por el solo y estrecho camino que había". En suma: "Todo se verificó según mi deseo, y los insurgentes no me sintieron hasta estar de ellos a medio tiro de pistola, de manera que cuando quisieron reunirse y abrigarse al parapeto ya no pudieron. Sin embargo, con demasiada ligereza empezaron a hacernos fuego, hasta que por último abandonaron todo aquel terreno... Aseguro a V. S. que por muchos días no han de venir a cobrar los 4 reales de los pasajeros, o a lo menos no estarán con tanta confianza".¹⁶

En esa ocasión el comandante de realistas fieles, teniente Antonio López de Santa Ana, después de informar al detalle a don José Dávila y por su conducto al Virrey, pudo exclamar para sus adentros no sin honda satisfacción: "¡Misión cumplida!"

En vista "de su actividad y aptitud para las funciones de campaña" Dávila ordena a Santa Anna salir a recorrer las serranías para acabar con los focos rebeldes, "reducir a poblado las familias que estaban en los montes" y liquidar, de una vez por todas, las "aduanas" que los insurgentes tenían en la región. Santa Anna informa: el 13 de octubre, al mando de 192 hombres y un pequeño cañón, y después de habilitarse con víveres para tres semanas y cambiar caballos malos "por otros que pudieran resistir las fatigas de la marcha", emprende camino. El 14 está en la hacienda del Chato. El 17 sale rumbo a Coxtitla, deteniéndose en la hacienda de Coyoquenda desde donde manda un espía que detecte los movimientos del enemigo, "su número, situación y cuanto pudiese conducir al acierto de mis medidas". Así se entera que están reunidos en el pueblo Francisco de Paula, Andrés Islava, José de los Santos y Manuel Salvador con alrededor de 350 hombres, además de un eventual refuerzo que debía enviarles Guadalupe Victoria, de los cantones de Huihuistla y Monteblanco.

De acuerdo con las enseñanzas recibidas cuando servía a las órdenes del general Arredondo destaca al sargento Cornelio Nieves para que, al mando de un contingente de treinta hombres de a caballo, cayese de sorpresa sobre la avanzada enemiga. Santa Anna marcha con el resto de la gente a ocupar un paraje nombrado la Tinaja. Nieves no puede sorprender a las avanzadas enemigas,

que no eran como las del Lego Villerías, y el sargento reúne sus fuerzas a las del contingente del Comandante.

Para el 20 de octubre el jefe dispone la entrada a Coxtitla a través de San Campus, por el terreno menos difícil y, además, por estar allí la aduana que estableció Guadalupe Victoria. A las ocho de la mañana sorprende a los rebeldes y se apodera de sus pertenencias: caballos, armas y familias, prendiendo fuego a la "aduana" desde donde aquellos cobraban sus contribuciones a los viajeros.

A las once de la mañana el enemigo, por fin, da la cura y, al colocarse el teniente en una posición elevada, descubre que representa una fuerza de más de quinientos hombres de a caballo. Se entabla combate de "extraordinario furor" durante un hora, al cabo del cual "por la ventaja de mi posición y la mejor puntería de mis soldados" el enemigo se desbanda. Destaca, entonces, dos grupos de guerrillas que los atacan por los flancos mientras el comandante marcha por el frente. El enemigo se retira. Reúne el comandante a todas sus fuerzas y marchando a paso de ataque, en la mejor tradición de Arredondo, manda tocar a degüello. Ese fue el fin: "mis soldados cargaron con denuedo sobre el enemigo, este trató de resistirlos; pero no pudiendo sostenerse por más tiempo, buscó el asilo de los montes y barrancas inmediatas..." A las seis de la tarde concluyó la acción. Si el enemigo perdió 50 hombres y más de cuarenta caballos, Santa Anna sólo lamenta la pérdida de... cuatro caballos y no reporta ni muertos ni heridos. El comandante recomienda al Virrey, por su bizarro comportamiento, en primer término, a los subtenientes de su regimiento don Manuel López de Santa Anna y don Joaquín Arzamendi, quienes "entusiasmaron a la tropa con sus exhortaciones y ejemplo". Merecen mención, asimismo, el sargento primero de caballería, Agustín de Bolívar, el sargento primero de húsares, José María Linares, así como Mariano Barriga, Onofre de Castro y, el ya mencionado, Cornelio Nieves.

Terminada la acción, partió el comandante rumbo a Matavista, pueblo cercano de Coxtitla, a donde regresó el 21, para continuar batiendo al enemigo que, debilitado y todo, seguía presentado combate. En las orillas de Coxtitla observó Santa Anna que los rebeldes ocupaban las posiciones más favorables pero, como él tenía la ventaja de la alta moral de sus tropas, no se arrendó. Dispuso entonces que quedara en la cumbre de la loma el cañón que traía y cuarenta hombres al mando de Manuel su hermano, para que le guardasen las espaldas, mientras él ocupaba el pueblo y, dos guerrillas, una de caballería y otra de infantería, formasen en posición de batalla y hostigaran al enemigo. Arma el teniente comandante cuadro de batalla y ahuyenta al atacante que se atrinchera luego en el fortín que había construido en cerro vecino. Santa Anna, con la sangre y la cabeza calientes, continúa el ataque, a pesar de que la difícil posición estaba resguardada por trescientos rebeldes. Con parte de su gente moviliza cuatro guerrillas para que comiencen un ataque simultáneo con la terminante instrucción de subir aceleradamente hacia el fortín al sonar el paso de ataque. "Así lo ejecutaron mis soldados sin que fuese bastante a detenerlos ni la aspereza del terreno ni el fuego tenaz del enemigo".

Regresa al pueblo y continúa el combate en forma semejante, batiendo a los rebeldes que restaban y que, co-

locados en otro cerro difícil y escabroso, acechaba al comandante de extramuros. Decididamente el dios de las batallas, del que gustaba hablar Bonaparte actuaba, esta vez, sin ninguna ambigüedad.

Concluida la lucha, reunió a su contingente y se retiró por el mismo camino. Por la tarde se le presentó un capitán insurgente con doce hombres con la finalidad de aprovechar el puente de plata del indulto que el "superior gobierno" había establecido para los arrepentidos y, luego de pactarlo para él y toda su compañía aun dispersa, se retiró, continuando el teniente Santa Anna su agresiva marcha. El 22 está en Coyoquenda y el 24 en Tlaliscoano en donde auxilia a Francisco Troncoso para aprehender a varios rebeldes. En todas estas acciones Antonio López de Santa Anna no reporta ninguna desgracia por lo que tributa "infinitas gracias al Todopoderoso que tan visiblemente nos ha protegido".¹⁷

El Virrey, en virtud de los resultados de la expedición comandada por el Teniente López de Santa Anna contra los rebeldes de Cotaxtla, confirió al "referido Teniente" el grado de Capitán y a los subtenientes Manuel López de Santa Anna y Joaquín Arzamendi el grado de Teniente disponiendo, además, que "se tengan presentes a los sargentos recomendados en el parte para sus ascensos inmediatos en sus cuerpos respectivos". Hasta donde se sabe, Santa Anna pudo celebrar su ascenso tranquilamente pues en los meses restantes de 1816 no hubo ya encuentros de importancia y, menos en 1817 cuando según Cole, fungía como ayudante del Virrey Apodaca.¹⁸

Esa época coincide con la salida de don José Dávila del gobierno de Veracruz. Los hombres de Santa Anna pasarían entonces al mando de Rincón, lo que siempre molestó a don Antonio. Este hecho, añadido de que el gobernador interino —Ignacio Cincunqui— obstaculizará su regreso un año después, me hace pensar en la posibilidad de que lo hubiesen retirado discretamente de Veracruz por la desconfianza que empezaba a despertar un personaje de su naturaleza. Es probable que durante este largo tiempo de inactividad militar ejerciera Santa Anna silenciosamente su labor de zapa diplomática, intentando convencer alzados para que se acogieran al indulto. Si de momento no obtuvo resultados no por ello desesperó, asimilando como experiencia propia el lugar común que muestra el valor de la habilidad sobre la fuerza.

Y sus esperanzas no se vieron frustradas. Recibió órdenes en ese sentido, el Virrey Apodaca, en enero de 1818. El día 22 de ese mes solicitó de inmediato que se le enviara al recién indultado veracruzano Manuel González, cuya influencia y conocimiento del terreno le sería de mucha utilidad, en la misión que se le había encomendado.¹⁹ La petición, sin embargo, no fue autorizada por Apodaca y será hasta el 25 de mayo, a su llegada a Jalapa, cuando podrá reunirse con el Capitán General de la Provincia, don Ciriaco de Llano. El capitán General giró entonces órdenes escritas al gobernador interino, Ignacio Cincunqui, para que le facilitaran a don Antonio las tropas requeridas para cumplir con las funciones de Comandante de las fuerzas realistas en las afueras de Veracruz.²⁰

Por las mismas fechas se hacían del conocimiento público las nupcias del licenciado don Antonio López de Santa Anna, de 57 años, con la joven Dolores Zanso y Pintado, de 23. El padre de Santa Anna y su joven prometida contraerían matrimonio el futuro 3 de junio. No

se si el joven militar se enteró de las nuevas. El caso es que, prudentemente, llegó dos días después del desposorio a Veracruz.²¹

Mientras tanto, Cincunqui cumplía la bien conocida regla: "Acátense pero no se cumpla" respecto a las órdenes que le presentara el joven Santa Anna por lo que éste, luego de insistir, le escribió que se sentía agraviado por la tardanza en recibir la tropa que debería ya tener bajo su mando. Y acto seguido se quejó con de Llano y con el mismo Virrey Apodaca, haciéndoles ver su situación y denunciando que los hombres que debían haberle asignado se habían puesto a las órdenes de Rincón, y a pesar de que el anciano Pacheco, personaje a quien él debía sustituir, apenas si podía sostener la pluma para firmar, mientras las fuerzas del rebelde Victoria seguían haciendo de las suyas. La influencia que ya tenía sobre el Virrey y aun sobre de Llano hizo que don Antonio se saliera con la suya y, además, de Llano ordenó a Cincunqui que aumentara con 50 hombres más a su tropa, concediéndole como territorio de su jurisdicción no sólo las afueras de Veracruz sino también Boca del Río.

El 10 de agosto Santa Anna agradecía al Virrey Apodaca y a Ciriaco de Llano todo el apoyo prestado y un mes después el Virrey le respondería deseándole suerte en el desempeño de su misión.²² Obtenido lo que deseaba, Antonio López de Santa Anna se dedicó en cuerpo y alma a entrenar y disciplinar a sus hombres hasta que, una vez que los consideró en forma salió con 50 de ellos, el 22 de agosto, a enfrentarse contra los rebeldes que por esa época se dedicaban modestamente, para poder comer, al robo de ganado.²³

El 9 de septiembre de 1818 la *Gaceta* vuelve a dar noticias del capitán, comandante de los realistas de extramuros de Veracruz, Antonio López de Santa Anna: se trata sólo de una recomendación en favor del teniente Juan Ignacio Contreras por una acción victoriosa en contra de los rebeldes que merodeaban por las haciendas del Jato y Joluca de donde, como se ha visto, sacaban ganado para sus cantones.

El 11 de enero de 1819, el comandante D. Ciriaco de Llano traslada al Virrey el escrito del capitán Santa Anna, donde se relatan nuevas escaramuzas. Pero el punto importante del mensaje consiste en el indulto que el comandante ha concedido a Marcos Benavides, con 18 hombres montados y municionados, así como a sus familias. Benavides ha prometido que, en dos o tres días más, podrá presentar al resto de su compañía que se compone de 64 hombres. Ha ofrecido, también, convencer a los cabecillas Manuel Salvador, Feliz González y Mariano Cenobio. Pero el objetivo central es nada menos que Guadalupe Victoria: el "pérfido" Victoria que parece hallarse por el paraje nombrado el Mirador y que sólo se le "entregará" una vez que Santa Anna se haya entregado, a su vez, a la causa de la Independencia. Para subsistir en estos lugares el tiempo necesario hasta la pacífica captación general de los rebeldes de esta zona y marchar en busca del cabecilla principal demanda: "necesito que V. S. se sirva mandarme ejecutivamente 30 ó 40 soldados y 2 cajones de municiones..."

El mensaje implícito en el informe, como salta a la vista a cualquier lector entendido —y se supone que el Virrey lo era—, consiste en la paciente labor de convencimiento que Santa Anna ha venido hilvanando en torno a los rebeldes para que, como suele decirse en estos casos,

“depongan su actitud”. Más que desalmado militar el capitán Santa Anna se revela dotado de una espontánea habilidad que día a día irá refinándose y puliéndose y que le producirá mejores dividendos que el uso indiscriminado de las armas. Como él mismo señala en sus *Memorias*: “obedeciendo a mi natural inclinación, vallame con frecuencia de la persuasión más que de las armas”.²⁴

De cualquier modo, por si el mensaje cifrado no se hubiese recibido, Santa Anna lo hace obvio el 11 de febrero cuando escribe, ya sin sutilezas, que las tareas cumplidas han sido posibles gracias “a las armas y a la política”. El 2 de marzo ha logrado que se presenten 412 rebeldes y 500 o más familias que le han ayudado a poblar Medellín, Jamapa, Soledad, San Diego, y relata con lujo de detalles la celebración por los nuevos vecinos de la fiesta religiosa de la Candelaria... ¡En lugar de rijosos los rebeldes de extramuros se han vuelto devotos! Mucho tenía que ver en todo ello el capitán Santa Anna.

En ese sentido va dirigido el informe a don Pascual de Liñan que tiene fecha de 28 de junio de 1819. Tres meses le han bastado para construir una iglesia, 113 casas, un fortín y una galera, en donde antes había sólo un “espeso y elevado bosque”. Se trata del pueblo de San Diego, al que pretende infructuosamente cambiarle el nombre por el suyo propio, santificado. Pero San Diego no llegará a llamarse San Antonio de Padua.

Unos días después, el 5 de julio, hace que el sargento mayor del regimiento provincial de caballería informe al gobernador acerca del estado de las poblaciones “cuyos habitantes están con bastante quietud y armonía” y, como de paso, se ofrece una detallada relación de las casas, tiendas, familias y personas que los componen:

Pueblos	tiendas	casas	familias	personas
Medellín	4	51	63	245
Jamapa	1	47	83	297
Sn. Diego	2	113	200	520
El Tamarindo		23	50	150
Huehustla				
Paso de Ovejas	1	100	153	1 000
La Antigua	5	36	80	220
Santa Fe	1	33	81	230

El último informe del Capitán Santa Anna, redido el 17 de julio de 1820 a don José Dávila, que ha vuelto a desempeñar la gubernatura militar de Veracruz, al parecer con el beneplácito general, es interesante por ser una suerte de balance de sus actividades como comandante de los realistas de extramuros de Veracruz. Para comenzar Santa Anna afirma, sin el menor asomo de modestia, que “fueron tales mis maniobras en su dirección y acierto, que logré la pacificación de la demarcación que aún tengo a mi cargo”. La paternidad de la idea de formar pueblos con la gente pacificada y por pacificar es reconocida a don Pascual de Liñan. Y a la detallada enumeración de las obras levantadas sigue luego un texto, por demás interesante, que nos revela el camino seguido por el capitán Santa Anna para conseguir sus objetivos: “obligué y estreché a los vecinos a que fabricase cada uno su casa, cocina y corral, dándole a cada familia la tierra necesaria con proporción a sus circunstancias...” y añade

que nadie puede salir de la población sin licencia del comandante militar por lo que fácilmente tiene el control de los habitantes de suerte que, sólo viéndolo puede creerse que, “en el año y siete meses que llevo de estar trabajando con esta gente ante indómita y enemiga de la sujeción, la haya podido reducir a que viva reunida en poblado y sujeta enteramente a la sociedad de la más civilizada...”²⁵ Como al desgairre Santa Anna afirma haber realizado, en pequeño, un experimento político-social de la mayor trascendencia: el tránsito de la vida natural al “contrato” que funda la sociedad civil y la política.

Mucho ruido y pocas nueces

Las dos estapas que con todo detenimiento acabo de analizar cubren períodos que abarcan, cada uno de ellos, un lapso de cinco años decisivos en la formación profesional de Santa Anna. El primer lapso interesa en tanto se relaciona con su entrenamiento militar. Pero como podría pensarse, no sin razón, que aquella formación fue más bien escasa ya que Santa Anna dejó siempre mucho que desear como militar, lo mismo en 1836 que en 1846, me apresuro a responder algo que resulta evidente después de la lectura de las *Gacetas*: que el entrenamiento se limitó al encuentro con partidas de rebeldes mal armados y con muy escasos conocimientos en el arte de la guerra. Se trataba de grupos de paisanos que peleaban por la independencia de México casi siempre sólo con sus buenos deseos. En tierra de ciegos Santa Anna resulta, militarmente, un buen “tuerto”.

En cuanto a los cinco años pasados a extramuros de Veracruz, fueron una especie de culminación “política” de aquel entrenamiento. Allí se entrenó en el manejo y la organización de gentes, arte en el que ya se iba volviendo un maestro. El problema consiste, sin embargo, en la mezcla y confusión del elemento positivo y el negativo, de “la política” y “las armas” que siempre andan revueltos. Los medios “tácticos” no se corresponden con los fines “estratégicos” que, por lo demás, nunca existieron. La pura táctica sólo lo condujo a su lucimiento y primacía personal, primero a costa de la región (a la que obligó y estrechó según expresión suya) y luego a costa del país. Veracruz fue el primer lugar que gozó (y sufrió) de los beneficios de su jefatura, como lo demuestran algunas quejas, entre otras la de Nasanio Panamá, dirigida a José Ignacio Iberri, sargento mayor de Lanceros, porque el joven militar había arrestado a 22 civiles so pretexto de su incapacidad para construir cocinas para sus hogares, obligándolos a hacerlo; cierto que, al verse forzados a construir también la iglesia del pueblo de San Diego y su cementerio, los habitantes habían descuidado sus labores primordiales: el cultivo del campo.²⁶

El 5 de enero de 1820, Marcos Benavides y otros cuatro sujetos enviaron otra queja al recién instalado gobernador Dávila, acusando a Santa Anna de “déspota”: cada semana obligaba a 14 civiles, sin pago alguno, a que contribuyeran en la construcción de las casas de los oficiales así como un gran corral en donde don Antonio pensaba encerrar todo el ganado de la región. Además, se le acusaba de vender el trigo a un precio muy alto. Terminaban por señalar que había 23 hombres que sufrían de hambre y que, a pesar de la súplica para que terminara su suplicio, la respuesta de Santa Anna había

sido terminante: "así mueran, aprenderán que mis órdenes son sagradas".²⁷ El discípulo de Arredondo hacía honor al maestro.

Las quejas llegaron a tal punto que Dávila se vio obligado a iniciar una investigación en torno a las acusaciones de que se hacía objeto a Santa Anna. La extorsión de los trabajadores así como la venta de trigo a un precio excesivo fueron confirmados, lo mismo el uso de ladrillos ajenos para su afán de construcción. Sin embargo, su hermano Manuel y otro sujeto obligaron a varias personas a firmar un documento en el que se desmentían de todas las acusaciones por lo cual el gobernador tuvo que volver sobre la encuesta. Fue así cómo, cuando el gobernador pidió que las acusaciones fueran llevadas a su escritorio, su secretario le informó que no existía queja alguna en los archivos de la comandancia. A principios de febrero la evidencia era clara: Santa Anna había cumplido al pie de la letra con el encargo del Virrey Apodaca —en el sentido de construir pueblos— y así se lo escribió, señalándole que sus órdenes habían sido ejecutadas a pesar de todos los obstáculos y de no contar con subsidio especial para lograrlo. El Gobernador Dávila y el propio juez Landero tuvieron que expresar que el asunto no tenía más importancia que el de un exagerado celo en el cumplimiento de las órdenes, aun cuando, ciertamente, el pueblo había reaccionado con coraje, incluyendo al comerciante Eizaguirre que, después de todo, era un respetable "hombre de bien". Santa Anna no salió perjudicado y para el 7 de febrero Dávila reportaba al Virrey Apodaca que "todo estaba en orden".²⁸

Estos últimos acontecimientos son un botón de muestra de lo que Santa Anna hizo en aquella región y un anticipo de lo que posteriormente haría en el país. Para que Antonio Lóez de Santa Anna hubiera sido algo más de lo que fue —como lo pretendió siempre— habría tenido que poseer una visión global, de conjunto, totalizadora: la estrategia que le sobraba al más alto de sus modelos originales. Este rasgo tan simple, la formación incompleta, caracterizó a una infinidad de "cuadros" políticos del México de aquella época que sabían instrumentar el "cómo" pero no tenían idea clara del "para qué": la finalidad suprema que hace al estadista y por supuesto al Estado. Una razón más para explicar por qué, en la época de Santa Anna, hubo política, mucha política, quizá demasiada política, pero no hubo Estado. El Estado se

construiría después. Después de la revolución de Ayutla y de las guerras contra la Intervención y el Imperio.

1. A. Trueba, *Santa Anna*. México, p. 33.
2. Cit. por Niceto de Zamacois, *Historia de México*, Barcelona-México, 1879, vol. 8, pp. 579-98.
3. Zamacois, *Op. Cit.*, vol. 9, p. 204.
4. Zamacois, *Ibid.*, p. 216.
5. Bustamante, *Cuadro histórico*, I, p. 255.
6. Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*. IV, p. 403. Suárez y Navarro en su *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna* consigna, por el contrario, que Santa Anna fue divisionario antes de la derrota de Barradas.
7. En *Gaceta de México*. IV, Nos. 478-479. Noviembre 5 y 6 de 1813.
8. Jones, *Op. Cit.*, pp. 19-26.
9. Calkott, *Op. Cit.*, p. 12.
10. L.A.C., Manuscrito G 387 de M. Collection.
11. R. Caillois, *L'homme et le sacré*. Paris, 1976, p. 209.
12. *Ibid.*, p. 200.
13. Bustamante, *Op. Cit.*, I, p. 266.
14. Bustamante, *Ibid.*, I, pp. 266 y 268.
15. Muñoz, Santa Anna. *El dictador resplandeciente*. México, 1945. pp. 22-23.
16. *Gaceta del Gobierno de México*. México, 8 de septiembre de 1816, p. 189.
17. *Gaceta del Gobierno de México*. México, 31 de diciembre de 1816, pp. 2089 a 2092.
18. Cf. Cole, *Op. Cit.*, pp. 36-37.
19. AGN, *Operaciones de Guerra*, vol. 792, p. 316; Santa Anna a Apodaca, 22-1-1818. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 39.
20. AGN, *Operaciones de Guerra*, vol. 792, pp. 317-24. Santa Anna a Apodaca, 6 de marzo y 13 de junio de 1818; Santa Anna a Cincunqui, 21 de junio de 1818. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 40.
21. Archivo Mic. Gen. de la Catedral de Veracruz, "Matrimonios", 42 664, de junio de 1818. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 43.
22. Al respecto, puede consultarse la correspondencia en AGN, *Operaciones de Guerra*, vol. 792, pp. 317-32. Santa Anna a Cincunqui, 11 de junio de 1818; Cincunqui a Santa Anna, 12 de junio de 1818; Santa Anna a Llano, 13 de junio de 1818 y lo. de agosto de 1818; Apodaca a Santa Anna, 9 de julio de 1818 y 2 de septiembre del mismo año.
23. AGN, *Operaciones de Guerra*, vol. 792, p. 330. Santa Anna a Apodaca, 10 de agosto de 1818. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 43.
24. Santa Anna, *Op. Cit.*, p. 2.
25. Con respecto a los tres últimos párrafos, puede consultarse la *Gaceta del Gobierno de México*, de fechas 28 de junio, 5 de julio y 17 de julio, respectivamente.
26. AGN, *Indiferente de Guerra*, vol. 226 A. Panamá a Iberri, 27 de diciembre de 1819. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 48.
27. AGN, *Indiferente de Guerra*, vol. 226 A. Benavides y otros, a Dávila, de 5 de enero de 1820. Citado por Cole, *Op. Cit.*, p. 49.
28. Cf. Cole, *Op. Cit.*, pp. 48 a 53.

Mes héros dans la vie réelle

La qualité que je préfère chez une femme.